

COLLECTANEA
167

2011

©

SECRETARIADODE PUBLICACIONES
UNIVERSIDADDE SEVILLA

EXCMO. AYUNTAMIENTO
ALMONASTERLA REAL

SERVICIODE PUBLICACIONES
UNIVERSIDADDE HUELVA

©

FÁTIMA ROLDÁN CASTRO
(ED.)

DISEÑO, MAQUETAYCUIDADODELAEDICIÓN
PEDRO BAZÁN

TIPOGRAFÍA

Textos realizados en tipo Jaghbug de cuerpo 11, notas en cuerpo 8
y cabeceras en versalitas de cuerpo 9

PAPEL

Offset industrial ahuesado de 100 g/m²
Papel ecológico, exento de cloro

ENCUADERNACIÓN

Rústica, cosido con hilo vegetal

Printed in Spain. Impreso en España

CATALOGACIÓNDEL SECRETARIADODE PUBLICACIONES
DELA UNIVERSIDADDE SEVILLA
Serie: Historia y Geografía, nº 217

ISBN: 978-84-472-1382-5
(Universidad de Sevilla)

ISBN: 978-84-15147-41-1
(Universidad de Huelva)

DEPÓSITOLEGAL
SE-6.863-2011

IMPRIME

Pinelo Talleres Gráficos, S.L.

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla y del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva.

ÍNDICE

<i>CRÓNICA DE UNA PRIMAVERA ANUNCIADA: VIENTOS DE CAMBIO EN EL ESPACIO ÁRABE</i> <i>Emilio González Ferrín</i> <i>(Universidad de Sevilla)</i>	13
<i>MÚSICAS IMPROVISADAS. LA RELACIÓN ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE</i> <i>Ramón López</i> <i>(Percusionista y musicólogo)</i>	25
<i>PANORAMA DE LA CREACIÓN ARTÍSTICA ACTUAL EN EL MUNDO ÁRABE</i> <i>Nuria Medina</i> <i>(Casa Árabe. Madrid)</i>	31
<i>NUEVO CINE ÁRABE</i> <i>Luis Navarrete Cardero</i> <i>(Universidad de Sevilla)</i>	61
<i>TRES LECCIONES DE URBANISMO ISLÁMICO PARA ESTE MILENIO</i> <i>Sergio Rodríguez Estévez</i> <i>(Arquitecto)</i>	77
<i>LA POESÍA ÁRABE ENTRE LA TRADICIÓN Y LA MODERNIDAD</i> <i>Waleed Saleh Alkhalifa</i> <i>(Universidad Autónoma de Madrid)</i>	99
<i>ESPAÑA Y EL MUNDO ÁRABE: NUEVA DIPLOMACIA PÚBLICA</i> <i>José Manuel Toledo Jordán</i> <i>(Asociación para la Promoción Exterior de Sevilla.</i> <i>Ayuntamiento de Sevilla)</i>	121
<i>APÉNDICE GRÁFICO</i> <i>Tres lecciones de urbanismo islámico para este milenio</i>	137

CRÓNICA DE UNA PRIMAVERA ANUNCIADA:
VIENTOS DE CAMBIO EN EL ESPACIO ÁRABE

EMILIO GONZÁLEZ FERRÍN
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

PANORAMA PREVIO

– 1 –

El 1 de noviembre de 2009, el arabista francés Yves Gonzalez-Quijano publicaba una premonitoria entrada en su blog. El título condensaba una acertada previsión meteorológica: *Sex and the Arab City: les vents du changement soufflent dans le monde arabe*¹, y recogía opiniones árabes y no árabes sobre sexo, política, educación en el espacio árabe; opiniones tan alejadas de la propaganda interna de los regímenes dictatoriales árabes como del estereotipo neo-orientalista forjado en Occidente sobre lo árabe. La traducción de ese encabezamiento de blog no puede ser directa ni escueta, porque maneja imaginarios, referentes e idiomas varios que requieren abrir el acabado melón de ese título, desoyendo imperativos poéticos, para poder degustar su comprensión.

La principal andanada de contenido se esconde tras el arranque en inglés de ese título en francés: *Sex and the Arab City*. La evocación no es nada esotérica, pero se pierde en español por un habitual contingente: la inveterada costumbre patria de vender lo propio por ajeno en las traducciones de películas y series extranjeras. Así, el referente primario no es otro que la serie televisiva *Sex and the City*, si bien distribuida y popularizada en español como *Sexo en Nueva York*. Las razones del retoque titular en nuestra traducción son las mismas que las que mueve a quien graba sus iniciales en un monumento visitado: decir *aquí estuve yo*. En el caso de la serie *Sex and the City*, parece que no resultaba lo suficientemente evidente al público español el nombre de la ciudad por la que se pasean sistemáticamente las protagonistas de la serie –¿Será Venecia, Bombay, Río, Malabo, Tallin, Vladivostok...? No, señores; esa hora entera diaria por las aceras de los rascacielos, en taxis amarillos, de compras por la Quinta Avenida y paseos

¹ <<http://cpa.hypotheses.org/1380>>

nocturnos por el Greenwich Village remite a Nueva York–, viene a resolver el paternalismo –ya *abuelismo*, más bien– de esa traducción, una más –y no es la peor ni más grave– en la larga historia de nuestra *Escopeta Nacional*.

Sex and the City –así, sin más, para un público ya destetado– aparece como referente introductorio en el título de Gonzalez-Quijano, porque se puede comprender el contenido de esa serie televisiva en tanto que icono de un determinado modo de vida: evoca una cierta frivolidad, hedonismo, auto-complacencia y auto-justificación, de algún modo postmoderna, macro-urbana e individualista –no hay culpa, hay capricho natural, lógico y ambiental; no hay molde, esquema previo, ni penitencia más allá de un liberador consumismo, etcétera–. Cuanto viene a aportar Gonzalez-Quijano con la elección de ese arranque de título –de nuevo: *Sex and the City*– es la incorporación de un adjetivo esencial en su novedad: *Sex and the ARAB City*. Es decir: todo ese sexo, esa frivolidad, consumismo, hedonismo, individualismo... acaba casando –en manos del autor francés–, inesperadamente, con lo árabe. Siendo lo árabe, por otra parte –y de ahí lo inesperado–, terreno común y reconocido marco de tradición, inmovilismo, trascendencia, valores comunes asociados a proyectos milenarios, etcétera.

En su atenta previsión –cabe ya decir que premonición–, Yves Gonzalez-Quijano disocia así, por fin, los viejos epítetos de lo árabe y se recrea en su nueva instalación, mediante un subtítulo que sirve de remache: *vientos de cambio soplan en el mundo árabe*. Pero, entonces, ¿también los árabes pueden cambiar, ser *modernos*? ¿También están sometidos al mismo *régimen de vientos* que el resto de mundo? ¿Pueden salirse de los raíles de su viejo tiempo en marcha? ¿Son capaces de plantarse frente a algo más que Occidente, más allá de sus barbas y sus velos, más acá de sus biológicos requerimientos religiosos?

– 2 –

Esos *vientos de cambio* no iban a afectar sólo a lo árabe, sino también –y cabe decir que en mayor profundidad– a las ideas ajenas sobre los árabes. ¿En qué medida cabía decir, a las alturas de finales de 2009 –fecha de la entrada del blog que nos ocupa–, que se anunciaban *vientos de cambio* en el mundo árabe; exactamente un año, un mes y dieciséis días antes de que el joven tunecino Mohamed Bouazizi convirtiese su auto-inmolación en referente, pistoletazo de salida de cuanto ha quedado en llamarse *la primavera árabe*,

en tanto que denuncia de un cierto *muro*, clausura aproximada –pero emblemática– de un determinado *Antiguo Régimen*?

Lo cierto es que Gonzalez-Quijano no leía sus *vientos de cambio* en ninguna bola de cristal, sino que aludía en su blog a un debate ya existente. Y lo cierto también es que había otra seria sospecha previa en un fundamentado análisis que parecía haber pasado desapercibido: cuatro meses antes, la revista *The Economist* dedicaba un denso reportaje a la misma cuestión, considerando su relevancia en tal medida que mereció ser portada de ese número estival. En la foto de la portada de ese número de la revista, un padre muestra a su hijo unos pozos de petróleo. Ambos visten estereotípicas ropas árabes, blancas, al estilo más característico de las petro-monarquías del Golfo. El niño parece desperezarse, y *The Economist* intitulaba el reportaje, en esa portada, y sobre las cabezas de padre e hijo: *Despertando de su dormir: reportaje especial de catorce páginas sobre el mundo árabe*².

Los subtítulos y comentarios de tal reportaje especial merecen una atención particular. La página 9 arranca del modo siguiente:

Una revolución silenciosa ha comenzado en el mundo árabe; sólo culminará cuando se vote la expulsión de la última de las fallidas dictaduras,

para dar pie seguidamente a un análisis sobre *la pretensión de permanencia* de tales dictaduras y un satírico comentario, en fingido susurro a uno de esos dictadores:

Su Excelencia: resulta extrañísimo, pero a éstos [el pueblo árabe] también les gusta votar.

La conclusión parcial de esas páginas se refiere, precisamente, a esta idea anterior: de algún modo desapercibido desde el exterior –que sólo ve *creyentes* en el espacio árabe–, los súbditos se habían convertido en ciudadanos.

Cuanto pudimos debatir en Almonaster la Real el día 10 de octubre de 2010, bajo el título *Sociedades y Estados en el mundo árabe contemporáneo*³

² “Waking from its Sleep: a 14-page special report on the Arab World”, *The Economist*, 25-31 de julio de 2009, 9-16.

³ *Jornadas Islámicas de Almonaster la Real*. Dir. Fátima Roldán Castro. 10.10.2010, Emilio González Ferrín, “Sociedades y Estados”.

–un año después de estos análisis, dos meses antes del primer brote de *primavera árabe*, el 17 de diciembre de ese mismo año–, se basó en todo momento en la lectura previa de los blogs e informes aquí citados, siendo estas páginas mero recuento de todo aquello.

¿CULTURA HOJALDRE?

– 1 –

El ya desaparecido analista egipcio Nazih N. Ayubi (m. 1996) es, probablemente, el más relevante notario post-orientalista de las realidades contemporáneas árabes. En su célebre obra *La hipertrofia del Estado árabe*⁴, establece un baremo interpretativo de lo árabe y los árabes que rompe con la clásica –orientalista, persistente– consideración frenológica del globo terráqueo: tal compleja y absurda interpretación al uso establece que, de un modo natural, la geografía del mundo se reparte como las secciones lobulares de aquel cráneo frenológico de Fowler: en unas regiones se localiza la razón y el laicismo consustancialmente *rubios*, en esas otras el poderío comercial, y allá abajo el desorden y la obsesiva religiosidad. No: Ayubi repite en su obra, insistentemente, algo que nunca comprenden los que odian presupuestariamente las comparaciones.

Viene a decir –por ejemplo– que los problemas en el mundo árabe y en Latinoamérica pueden ser específicos, pero no diferentes, y que la raíz de tales problemas reside en una hipertrofia, una sobredimensión de algo que no es tradición, religión o idioma –como se viene cociendo en las calderas eurocentristas–, sino de Estado. La superestructura clientelista de un cierto aparato de Estado –cuanto en Marruecos se denomina, muy ajustadamente, *Majzen*–, ha crecido tanto en el espacio árabe que ha alcanzado dimensiones orwellianas, convirtiéndose en sujeto, verbo y predicado de toda una narrativa nacional, en la que el pueblo es mera circunstancia. ¿Realmente es eso un factor cultural, intrínsecamente asociado a la propia idiosincrasia de los árabes, o podría entenderse como parte de una –de algún modo– *borgeana Historia Universal del aferramiento al poder* y –por lo mismo– tan emblemáticamente humano –no sólo árabe– como tratable, curable, extirpable?

⁴ Nazih N. Ayubi, *Política y sociedad en Oriente Próximo: la hipertrofia del Estado árabe*, Bellaterra, Barcelona, 1995.

– 2 –

Ideas tales formaban parte ya de un cierto estado de opinión, ajeno a la interpretación culturalista de los procesos históricos. Pero no debemos llamarnos a error; ni era ni es un tema cerrado: persiste, *imposible el además*, la visión culturalista de lo árabe. Que la cultura, una cierta forma de tradición, una inercia histórica, pesa más sobre el espacio árabe que sus coyunturas y circunstancias. Ni era la única visión del asunto en el pasado, ni ha sido desestimada en el presente. El propio Dale F. Eickelmann, autor de un manual clásico de antropología del islam⁵, apuntaba en su reedición de 2003 que el debate sigue abierto y que no procede de requerimientos del presente –Eickelmann apunta la *sorpresa* de la insurrección islámica a finales del XX–, sino que hunde sus raíces en el ya citado orientalismo euro-centrista, elevado a occidente-centrista con la incorporación de célebres firmas trasatlánticas.

Así, al comentar Eickelmann la gregaria decantación de una cierta *droite divine* –el nombre es nuestro– en materia de lectura de lo árabe y/o islámico, y fijarse muy especialmente en la hipótesis de Huntington sobre el *choque de civilizaciones*, no se deja llevar por la espuma del debate –Fukuyama frente a Huntington; fin de la Historia de *buenos y malos*, o bien reinicio con nuevos jugadores–, sino que reconoce en la *teoría del choque* la paternidad de Arnold Toynbee (Eickelmann 2003:21) y su visión de la cultura como el ADN de los pueblos, con sus providencialismos y/o reacciones siempre a la espera de la *pavloviana* respuesta culturalista. Es decir: se pregunta Eickelmann si debemos seguir anclados en esa visión orientalista, prácticamente *spengleriana* –*el mundo camina, avanza, hacia Occidente*– con el resultado final de la esperada fricción con lo árabe, o bien podemos ya pasar a asumir que cada generación se enfrenta siempre a lo mismo –lo nuevo–, y su experiencia histórica no es nada comparado con el peso de lo contemporáneo, lo que ya viene pasando a sus vecinos, lo que trasladan los telediarios –entre otras formas de asomarse a la actualidad.

– 3 –

A grandes rasgos, nuestra visión consistiría en primar lo horizontal sobre lo vertical; lo que está pasando frente a lo que *venimos pensando que se viene haciendo* –doble error de actualización: opinamos sobre un presente desde

⁵ Dale F. Eickelmann, *Antropología del mundo islámico*, Bellaterra, Barcelona, 2003.

lejos, fundamentando nuestra opinión en un pasado—. Insistimos: el debate no está cerrado, si bien la mayor parte de los análisis sobre lo árabe son culturalistas, historicistas, tradicionalistas; que a cada encrucijada de tiempo nuevo, el *homo arabus* reacciona de una manera tipificada. Por lo que a nuestra visión del asunto se refiere, los constructos de Huntington o Toynbee son eso, edificaciones sobre planos previos, sin conocimiento del medio, y comenzadas siempre por el tejado: las conclusiones –si bien explicable y en gran medida loable en el caso concreto de Toynbee—. En nuestra opinión, las culturas son más *hojaldre* de lo que se pretende. Mucho más afecta la contemporaneidad que la fuerza del pasado. Y la apariencia de acumulación histórica se produce por el corte transversal de esas vetas horizontales, aisladas por mor de los compartimentos estanco en que vienen a reducirse los *cultural studies*.

En nuestra obsesión por aislar el objeto de estudio concreto –pongamos por caso: lo árabe–, y verlo en verticalidad, aislamos una cierta trayectoria histórica que, en realidad, está formada por esas citadas capas de tiempo en marcha; un tiempo que afecta por igual a objetos de estudios vecinos en los que no entramos porque los consideramos alejables de nuestra atención. ¿Cómo comprender el mundo árabe en el siglo XX sin el papel de lo geoestratégico –Suez, colonialismo, petróleo...– o lo geopolítico –Estados Unidos y Unión Soviética–? ¿En qué medida podemos explicar una realidad basada en reacciones historicistas, cuando toda reacción remite siempre al peso de lo nuevo?

Resulta evidente que los *vientos de cambio* en el mundo árabe no provienen de requerimientos tradicionalistas ni idiosincrasias culturalistas. Responden a su sistemático asentamiento en el presente, a la lógica reacción de pueblos como cualquier otro; a las miradas horizontales –cuanto pasa en el resto del mundo– de las generaciones presentes, en esa forja de la historia a base de capas superpuestas de presentes universales. En esa historia –a cuya explicación nos apuntamos– de las culturas como hojaldres.

SOCIEDADES Y ESTADOS

– 1 –

En los años sesenta, con la progresiva retirada del último colonialismo británico en el Golfo Árabe, eclosionaron determinados nuevos estados cuya legitimidad internacional consistía en su más que evidente solvencia

económica, derivada de los inmensos recursos petrolíferos. Se hizo entonces célebre el viejo comentario de un ministro egipcio de exteriores, Tahsin Bashir: con la excepción de Egipto, el resto de los Estados árabes no eran más que *tribus con banderas*. En realidad, la paternidad del comentario parece ser del ensayista –también egipcio, ahí no podía haber duda–, Muhammad Hasaneyn Haykal. Por lo demás, y pese a lo voluntariamente malintencionado de la descripción, el comentario pone de relieve el evidente desfase entre pueblos árabes a la sombra de la historia y Estados árabes protagonistas de una secuencia de actualidades a su medida, y nunca necesariamente a requerimiento ni a la altura de sus respectivos pueblos.

En la descripción de esas dos décadas de inanición política árabe –en el sentido de participación popular siempre negada–, los analistas tienden precisamente a resumir que *la historia pasó de largo*, ante la atónita actitud, ya elevada a rango de costumbre, de esos diversos pueblos árabes. Una cosa –eso de la costumbre– que cualquiera debería considerar siempre rompible. Pero, por el momento, era cierto que la mayor parte de la opinión árabe llevaba décadas centrada en una serie de debates inducidos, inoculados desde fuera, sobre problemas no por ello menos reales, muy especialmente la victimista relación omnipresente entre el Estado de Israel, el imperialismo y sus conexiones con un pasado colonial.

En la práctica, los problemas directos de la mayor parte de los pueblos árabes –así, siempre en plural– no era esa espiral impuesta. De hecho, podían tener más que ver con dos cuestiones que sí afectaban directamente a cada ciudadano –aún a la espera de sus reconocimiento como tal, desde el limbo de los súbditos–. Esas dos cuestiones serían la unidad, inexistente desde su sentido más amplio –lo árabe como universo cultural, malentendido desde lo político unitario–, y la libertad, el caballo de batalla en todas esas décadas. Porque la situación de los derechos civiles en el espacio árabe viene siendo el verdadero indicador social, descriptor de una situación vital encapotada por voluntad expresa de un genuino *cartel* de dictadores, legitimados en exclusividad por sus modos coercitivos y sus infantiles sistemas de propaganda.

– 2 –

Con todo, es muy probable que todo empezase a cambiar, de algún modo, a comienzos de los noventa con la invasión iraquí de Kuwait; transustanciación geopolítica de ese soterrado convencimiento de que había o

que hay Estados árabes que no superan la consideración aquella de *tribus con banderas*, pero que esconden en su subsuelo la posible prosperidad económica de décadas. Esa invasión de 1990 puede entenderse como la puerta de salida de la Guerra Fría en el espacio árabe, en clausura de una puerta abierta en 1956 en una situación sólo aparentemente semejante.

Efectivamente, puede trazarse un paralelismo entre 1956 –Guerra de Suez– y 1990 –invasión iraquí de Kuwait–, comprensible sólo a los efectos ilustrativos, en el contexto de una cierta Guerra Fría que comenzaba en un caso y concluía en el otro, así como con semejantes elementos de juego: líder árabe que, aprovechando un determinado contexto internacional y una probable necesidad de legitimación interna, decide *nacionalizar* una enorme fuente de prosperidad ajena –Canal de Suez, Kuwait–, entendida como propia y apostando por una contención, un *mirar a otra parte* del entorno mundial, quizá comprometido con problemas mayores o más directos. En el caso de 1956, se permitió a Nasser asimilar a Suez al territorio nacional egipcio, merced a la advertencia soviética de una intervención directa –similar a la que representaría el mismo año en Hungría– si Estados Unidos no contenía a Gran Bretaña y Francia, cosa que hizo. En 1991, Saddam Hussein debía contar con explicaciones del mundo de cuarenta años antes, y se lanzó al mismo viaje con alforjas semejantes. La diferencia estribaba en que el *muro* había caído: la Unión Soviética dejaba de existir, el mundo no se contenía, presa del pánico a un conflicto global, sino que –muy al contrario– necesitaba un conflicto en el que volver a saltar por fin al terreno bélico y diseñar objetivos nuevos en un mundo de Guerra Fría que se clausuraba. El espacio árabe se convertía, así, en el terreno de la *demonización del otro*, que sustituyese al mundo soviético en las infantiles necesidades políticas de una contraparte.

– 3 –

Aquel 1990 no sólo inauguraba una nueva época y lo hacía en el espacio árabe, sino que era el punto de arranque de una espiral polemológica no centrada necesariamente –por vez primera en la historia– en Estados concretos demonizados, sino en etéreos enemigos no *estatalizables*. Más allá de la diana pintada en la bandera de Iraq, el mundo comenzaba a contra-argumentar polémicas al modo de un lento *travelling* cinematográfico que, desde una temática abiertamente considerable como *de Guerra Fría –armas de destrucción masiva, escalada de conflictos...–*, evolucionaba hacia un enemigo

más *siglo XXI* como al Qaeda, utilísima concreción de todo el aparato *huntingtoniano* de *choque de civilizaciones*.

Para el público árabe y no árabe, se mezclaba lo árabe e islámico, lo económico y lo cultural. Y en medio de esos *malos tiempos para la lírica*, se afianzaban una serie de regímenes cuya propaganda interna se había desgastado ya tras décadas de paternalismo sin ventajas, y se proyectaba hacia el exterior como el último balón de oxígeno para esa jurásica relación de *generales en su laberinto*. *Somos los vigías de Occidente*, parecían decir los corifeos dictatoriales de las masas árabes, en esa *vuelta de tuerca* de aferrarse al poder, que le permitía una generalizada propaganda acerca del enemigo islámico, que *nuestro hombre en la zona* –el dictador: agotado salvapatrias en el interior, ocupada joven esperanza ante el exterior– frenaba en una lucha interna con pueblos cuya esencia –decían– era el odio islamista a Occidente, cuando en realidad se oía bastante más clamor libertario que recitación coránica.

– 4 –

Por entre las brumas de propaganda o intereses económicos, choque de civilizaciones o imperialismos, resultaba evidente un factor añadido de desestabilidad, oculto bajo el ruido mayor de las deslegitimaciones dictatoriales: las masas árabes no eran –no son– homogéneas ni desde el punto de vista geopolítico –Magreb, Oriente Árabe, Golfo, Valle del Nilo–, ni geo-estratégico –petrolíferos frente al resto–, ni político –monarquías frente a *repúblicas monárquicas*, en el genial invento de la *Yumlukiya* como república hereditaria–, ni religioso genérico –judío, cristiano, musulmán...– ni confesional –sunní, chuí...– ni siquiera cultural –árabe frente a beréber, etcétera–.

Sólo una cosa unificaba al espacio árabe: la consideración de *pueblos en el presente*, volviendo a aquellas ideas sobre *historia/cultura hojaldre*, y la consideración de lo contemporáneo por encima de razones de tradición.

Finalmente, como sentenciaba aquel reportaje especial de *The Economist* de 2009:

En cada país árabe, en cualquier momento, el descontento político y social corre el peligro de escalar hasta convertirse en violencia o incluso –como algunos analistas comienzan a argumentar desde dentro o desde fuera– en revolución.

Esto se escribía, como venimos diciendo, en el verano de 2009, en edición en papel, en tanto el francés Gonzalez-Quijano alimentaba su blog con semejantes polémicas diversas acerca del desequilibrio de décadas, en el espacio árabe, entre las libertades públicas y las privadas; de prensa, reunión, religiosa, etc. El desfase entre el hombre, la mujer y el niño, el heterosexual y el homosexual, y mil y una consideraciones que abrían en canal una realidad árabe, mostrando al *ser humano árabe* con problemas específicos, pero no diferentes –por volver con Nazih Ayubi– a los del resto del mundo en su mismo corte cronológico. Un ser humano que, un día, desoyendo inhibiciones religiosas, sociales, culturales o políticas que desde fuera le han inventado, podría decidirse a tomar la calle en la que después se describió como *primavera árabe*, y que ni es tormenta de verano, ni –lamentablemente– *bálsamo de Fierabrás*. Porque si bien es importante y trabajoso alcanzar a saber cuanto no se quiere, después empieza la larga y anodina tarea de definir y alcanzar cuanto realmente se desea.